

# **El asesino no las quiere rubias**

*(Una novela “blanca” de Detectives Privados)*

C. M. Federici

## **16. TIEMPO DE APREMIOS**

**E**L CAOS se abatió de repente sobre los planes de Juan Carlos.

Hasta media tarde, la cosa parecía ir como sobre cojinetes bien lubricados. Callaza se mostraba razonablemente convencido ante los argumentos del detective privado y estaba a punto de rubricar su “fiat” para el proyecto..., incluso había comenzado a impartir ciertas órdenes pertinentes entre su personal.

¡Y fue entonces que llegaron noticias frescas!

A solas en su oficina, rodeado de la penumbra crepuscular, Juan Carlos se abstraía en la contemplación de la famosa fotografía familiar, en tanto sus pensamientos se agitaban, entremezclándose, al meneo más bien lúgubre de una progresiva depresión.

—¿Y si, después de todo, estuviese arrogándome funciones que no me competen? ¿No sería mejor que siguiese ateniéndome a mis clásicos casos de infidelidad conyugal o espionajes industriales? ¡La vida no es una película de matinée!

Se dio cuenta de que había soltado la parrafada en alta voz. La idea le ocasionó un ligero encogimiento de hombros.

—Ya empecé a hablar solo... ¡Fantástico!

En realidad, él lo sabía, se trató más bien de un intento de comunicación paranormal. ¡Si hubiese forma de poder recibir el asesoramiento de un ex comisario pletórico de experiencia!...

—¿Qué me aconsejarías, viejo, si se rompiera el velo, eh? —murmuró, en tono de inusual ternura—. ¿Estoy haciendo lo que debo?

**T**ENÍA junto a sí una botella a medio vaciar, en parte responsable (junto con el farrago de su irreparable pérdida y todo lo demás) de su estado presente, tan poco acostumbrado en el Juan Carlos Dorteros cotidiano.

Ya había perdido la cuenta de las copas que se sirviera, razón por la cual no vaciló en reincidir. (Solía saber detenerse cuando se apercebía que se aproximaba a su “límite razonable”, sana actitud que, hasta el momento, había evitado un sinfín de problemas, ciertamente.)

—¡Claro que hoy sí se justificaría agarrarse una de las buenas!... —masculló, sarcástico.

Callaza se había puesto histérico con el parte macabro que le llegara... En cosa de dos minutos deshizo todo lo hecho, dio contraórdenes y casi sacó a empujones al detective de su sanctasanctórum... Juan Carlos, honradamente, no lo podía criticar con excesiva dureza. ¡Había que reconocer que otra muerte más, sumada a aquel caso del demonio, de veras colmaba todas las medidas! Pero para los intereses inmediatos de Juan Carlos, sin duda que aquello resultaba un mazazo demoledor. ¡En un pestañeo se rompieron todos los peldaños de la escalera que tanto le costara ascender, labia mediante! ¿Cómo cuernos se las iba a arreglar ahora para convencer otra vez al comisario Callaza?

—¡Al fin y al cabo —filosofó, llenándose otra copa—, tal vez sea lo mejor emborracharme en serio nomás!

Y se le escapó una risita con claros resabios de intoxicación etílica en progreso.

**E**L TIMBRE del teléfono —¡providencial!—, obró como clarinada de alerta. Al levantar el tubo, ya todos los sentidos de Juan Carlos habían recuperado su agudeza. ¡Algo le decía que aquella llamada tendría resonancias insospechadas!

—¡Agencia “MAGA”! —contestó—. ¿Quién...?

Se le dijo, y el joven reprimió un silbido. Con la oreja apretada contra el auricular, procuraba incluso sofocar el siseo de su propia respiración acelerada, a fin de no interferir en lo más mínimo con una óptima recepción de la otra voz.

—*Supe lo de su padre, por las noticias* —le oyó decir—. *Hubiese querido hablar con él, pero, tal como están las cosas, no me queda más que confiarme a usted. ¿Me asegura reserva profesional?*

—¡Por descontado! —afirmó el detective particular—. Aparte de ser norma de la agencia, está también garantizado por la ley... ¿Quiere que pase a verlo?

—*No, yo voy a su oficina. ¿Le parece en una media hora?*

—De acuerdo —replicó Juan Carlos, esforzándose por hablar con toda naturalidad—. Lo espero. ¡No! ¡No me adelante nada por teléfono! No es aconsejable.

—*¡Me voy a poner en sus manos! ¡No olvide su compromiso!* —y la comunicación se interrumpió.

**J**UAN Carlos se quedó contemplando el auricular, como si esperase alguna mágica respuesta de parte del negro adminículo; pero no fue más que por un instante. De inmediato recobró su energía acostumbrada. ¡El motor se ponía en marcha nuevamente!

Con movimientos precisos hizo desaparecer botella y vasos, arregló el escritorio, despejándolo de papeles, y encendió la portátil, tras haber corrido las cortinas de las ventanas. Luego ocupó su silla, de frente a la puerta. Su diestra tiró del cajón superior derecho del escritorio y se deslizó dentro.

—Si de verdad yo fuese Philip Marlowe, como decía el tal Mendoza —murmuró—, acá adentro tendría por lo menos una 9 milímetros...; ¡pero en el Cono Sur habrá que conformarse con conectar el grabador!

Como suele acontecer, los primeros veinte minutos fueron los más insoportables. De pronto, justo cuando su mente había caído en una divagación nada recomendable, distinguió la oscura forma de una cabeza y un torso recortándose vagamente a través del vidrio esmerilado de la puerta.

—Está abierto —advirtió—. ¡Adelante!

**D**URANTE el breve lapso ocupado por el giro de la puerta sobre los goznes, fantaseó con la posibilidad de que la voz del teléfono hubiese falseado su identidad real... Pero no tardó en comprobar que no había ocurrido así.

¡Quien llegaba era, en efecto, el mismo que se anunciara!

—¡No se le vaya a olvidar nuestro convenio! —las facciones del sujeto, iluminadas desde un ángulo bajo por la lámpara del escritorio, aparecían, merced a ese efecto caligariano, anormalmente hinchadas y siniestras—. ¡Nada de lo que yo le diga debe salir de aquí sin mi consentimiento! ¿Está bien claro? ¡Porque de lo contrario...!

—Ya le dije que así sería. ¡Siéntese!

Juan Carlos sentía la boca como de cartón y el corazón como de jalea. Confió en que sus palabras, no obstante, hubiesen sonado con la debida firmeza. Se vio obedecido, y aquello lo tranquilizó un poco. ¡Tenía que ser él quien llevase la voz cantante en la entrevista!

Había echado a andar el grabador en cuanto divisó la silueta tras el cristal; esperaba que su ligero rumor resultase inaudible. Con movimientos tan calmos como pudo lograrlos, extrajo del cajón la semivacía botella y dos vasos.

—¿Una copa? —invitó.

El otro asintió con nervioso cabeceo. Se agitó en su silla, y Juan Carlos lo sorprendió volviéndose furtivamente hacia uno y otro rincón de la oficina.

—¿Seguro que no nos oye nadie? —preguntó el visitante.

—Estamos solos: quédese tranquilo. —Juan Carlos le alargó un vaso—. Sírvase. ¡Puede empezar a hablar cuando guste!

**L**O VIO ingerir un pequeño pero voraz sorbo, para apartar en seguida el vaso de sus labios, como carbón ardiente. Sin embargo, volvió a empinarlo de inmediato, esta vez para un trago bastante más prolongado.

—Ocurrió un... accidente —dijo el individuo, extrayendo las palabras de la garganta como clavos de una tabla—. ¡Un accidente fatal! Ella se... ¡Pero no tuve ninguna intención..., fue totalmente accidental, lo juro!

—¿Habla de Esmeralda Capurro?

—¡Sí! ¡Sí!... ¡Pelemos! Ella tropezó y... ¡Dios mío, nunca quise causarle...! —y la voz se le quebró.

—¿Por qué había ido a verla?

—¡Ella sabía de mis...! Hubo alguien más, usted ya lo sabe, que estaba enterado también, pero en vista de que él ya no...

—Entiendo. —La voz de Juan Carlos se endureció—. Sólo quedaba ella, y usted quiso... hacerla entrar en razón, ¿no es eso?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso mismo! —El hombre hablaba a borbotones resollantes—. ¿De qué habría servido ventilar esas cosas? ¿Acaso le iba a hacer algún bien a alguien? —Juan Carlos se estremeció, blancos los labios, al sentir que los dedos del otro se engarfiaban en su brazo—. ¡Pero ella se dio cuenta de cuánto me podía perjudicar con lo que sabía, y...!

—Quiso... sacar provecho, ¿verdad?

—¡Quiso abusar! ¡Quiso...! —Soltó al detective, para mover ambas manos en ademanes frenéticos—. ¡Pero, aunque me puso fuera de mí, *yo no la asesiné!* ¡Tropezó y cayó por la ventana! ¡Tiene que creerme!

—Quince pisos... —murmuró el investigador—. ¡Sí que se habrá silenciado!

—¡La policía jamás va a creerme que no fue a propósito! Pero si usted investiga y llega a descubrir al asesino de Lucy y de los otros, entonces..., tal vez... —Se levantó de un salto, y a Juan Carlos le costó reprimir un respingo; pero el hombre no hizo más que volver a aferrarlo de la ropa—. Tengo... bastante dinero, ¿sabe? Y podría llegar a ser... muy generoso —barbotó.

Juan Carlos lo obligó a soltar su presa con tranquilos movimientos.

—¿No tendrá por ahí un billete de cien? —preguntó de improviso.

**E**L OTRO trastabilló, atónito.  
—¿De... cien? Pero, no entiendo...

Juan Carlos extendió la mano. Cuando recibió lo pedido, lo sostuvo unos quince segundos frente a su interlocutor y enseguida, con calma absoluta, lo rasgó en varios trozos, que tiró a la papelera.

—¿Pero qué día...? —farfulló el hombre.

—Es un... símbolo —explicó Juan Carlos—. ¡Vuelva a sentarse!

—¿Qué es eso de símbolo, eh?

—De haber sido otro billete de cualquier otra denominación, o aun un cheque por la suma que fuese, el resultado no habría variado. Sólo pretendí aclarárselo de entrada.

—¿De manera que no estaría de acuerdo en...?

—¿...Endilgarle la muerte de Esmeralda al asesino? —Juan Carlos sacudió la cabeza con decisión—. ¡El va a pagar únicamente por los delitos que cometió! No pretenda utilizarme para embaucar a la Justicia. No soy de éstos.

—¡No quiere ayudarme! —barbotó el individuo—. ¡Usted no...!

—¡Tranquilo! —Fue como un trallazo; el hombre capituló—. Lo voy a ayudar, sí. ¡Pero usted también va a colaborar conmigo! No espere nada fuera de eso. ¿Me expresé con claridad? —y el detective le clavó la mirada.

Lo notó agobiado. Era, pues, el momento de presionarlo a fondo..., aprovechándose de la sugestión del ambiente de aquella oficina solitaria, cuya sombría intimidad sólo la matizaban el amortiguado resplandor de la portátil y el rectángulo blanquecino de la entrada.

**-H**E PENSADO en un plan que podría funcionar —dijo, dejando caer las sílabas como naipes sobre la mesa—. Lo pondríamos todo en claro. Usted desempeñaría un papel fundamental en ese plan mío... ¡Pero siguiendo al pie de la letra mis indicaciones!

—¿Va a intervenir... la policía en esto? —la mirada del hombre era huidiza.

—Sólo para proporcionar el marco oficial de autoridad requerido —manifestó Juan Carlos—, y, desde luego, para hacer el arresto cuando corresponda.

—¿Y tendrán que saber lo de...?

—Le prometo no revelar nada que no sea absolutamente necesario.

—¿Qué se propone hacer? ¿Acaso...?

El detective se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en el escritorio y los dedos entrelazados ante su rostro, excepto por el índice derecho, que apuntaba directamente a la nariz del otro.

—Una especie de reconstrucción de los crímenes —contestó.

—¿Reconstrucción? ¿Quiere decir que va a...?

—Será en el lugar de los hechos —dijo Juan Carlos—, y quienes estén en condiciones de hacerlo se interpretarán a sí mismos. ¡La verdad va a salir a luz de una vez por todas!

**L**A CHICA estaba abusando de la situación, se dijo el comisario. Psicóloga como era, sin duda se habría apercibido de que podía lograr cuanto se le ocurriera de él, tan sólo insistiendo lo bastante... Y, mujer al fin, ¿no se iba a aprovechar de eso?

—¡Se lo debe a Juan Carlos! —afirmó Virginia.

—¿Que yo se lo debo? ¿Y se puede saber por qué?

Callaza intentaba resistirse, pero ella lo miraba de un modo tan apremiante con aquellos ojos de cielo, que...

—Dorteros era su mejor amigo —insistió la joven—; ¡y ya sabe lo que representaba para Juan Carlos! ¿Le va a impedir que descubra al asesino de su propio padre?

—¿A usted no le parece que ése es un trabajo nuestro, y no de él?

—¡Pero para Juan Carlos es más, es un deber! Y casi..., casi su derecho, también. ¡Sería el mejor homenaje a la memoria de su padre y mentor! ¿No se da cuenta de lo que significa esto para Juan Carlos..., como detective y como hijo?

—Sí, todo eso lo entiendo... ¡Pero quizás se le haya escapado de las manos! —persistió aún Callaza, aunque la firmeza de su argumentación se iba desgastando a ojos vistas, bajo la suave pero sostenida presión de Virginia Linares—. ¡Ya hubo demasiadas muertes! Tal vez él no cuente con la suficiente...

—¿...Experiencia? ¡Ah, pero en cambio va a poner el corazón entero!

**C**ALLAZA sacudió la cabeza, dio un bufido, miró al techo y por fin encaró a la expectante muchacha con expresión adusta.

—¡El *corazón* entero! ¿En una encuesta policial? —gruñó—. ¡Mujeres!...

—¿Entonces, comisario? ¿Qué me dice?

Callaza abrió los brazos.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Hagan lo que quieran!

—¡Gracias, don Callaza! —La radiante sonrisa se extendió como barniz por todo el despacho, hasta hacerlo aparecer menos gris que de ordinario a los ojos del policía—. ¿Puedo llamar a Juan Carlos para comunicarle...?

—Llámelo nomás. Pero, ¡cuidado, eh! —El índice de Callaza se sacudió severamente junto a la respingona naricilla de Virginia—. Espero..., por el bien de ambos, que lo que hagan, funcione.

—¡No se preocupe, comisario! —le aseguró ella—. ¡Mañana sin falta tendrá la solución del caso!

—¿Tanta confianza le merece el... detectivito ése?

—¡Verá cómo se justifica! ¡Gracias de nuevo, comisario!

**E**N POCOS minutos, ella hubo hecho su llamada y, cuando Callaza quiso acordarse, estaba una vez más a solas con los sucios archiveros, los muros despintados, el escritorio atestado de legajos polvorientos...

*¿Es justo esto?, pensó. ¿Si todo pasara en una de aquellas películas de clase B, que tanto disfrutaba cuarenta años atrás, la chica no se habría esfumado sin antes darme al menos un besito en la mejilla en señal de gratitud!*

—Y, por supuesto —añadió en voz alta, con dubitativo vaivén de la cabeza—, en cualquier cinta de ésas sin duda se aclararían todos los misterios en el plazo prometido. ¡El pesquisa privado no puede fallar!

Se abrió la puerta, y asomó la cara del obsequioso ordenanza.

—¿Llamó, mi comisario?

—Este... ¡Jum!... Sí, cabo. ¡Tráigame un té bien cargado!

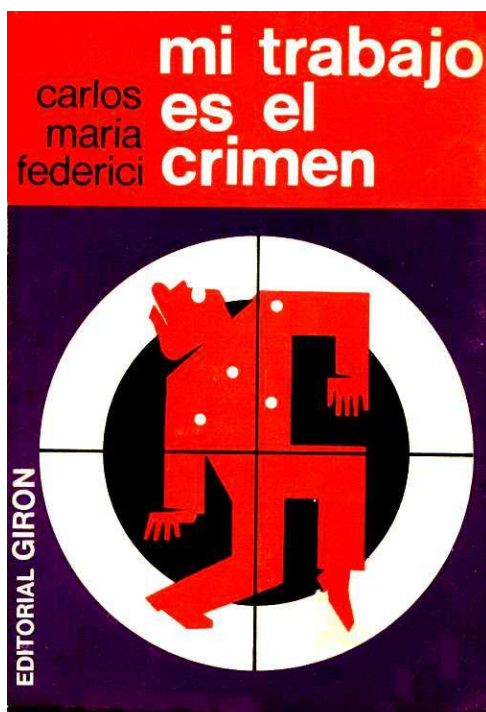
**© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici**

## Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



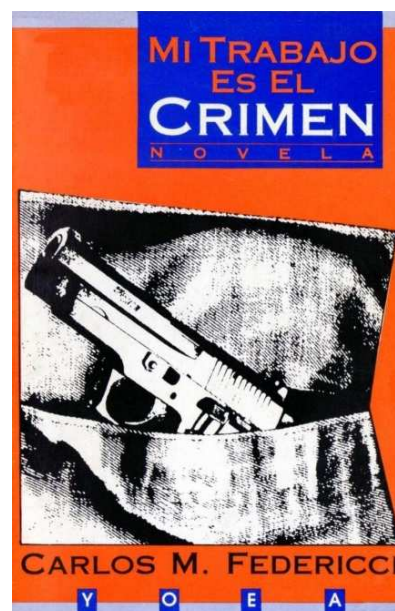
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

**La orilla roja, 1972**



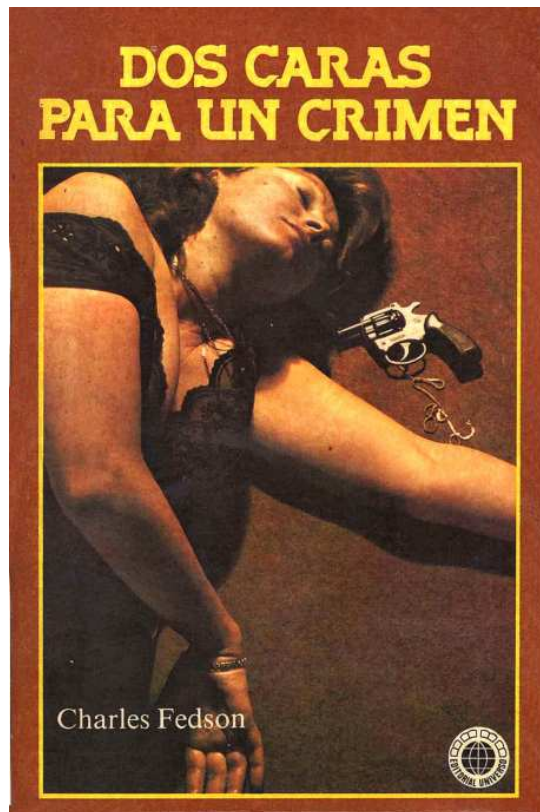
En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

**Mi trabajo es el crimen, 1974**

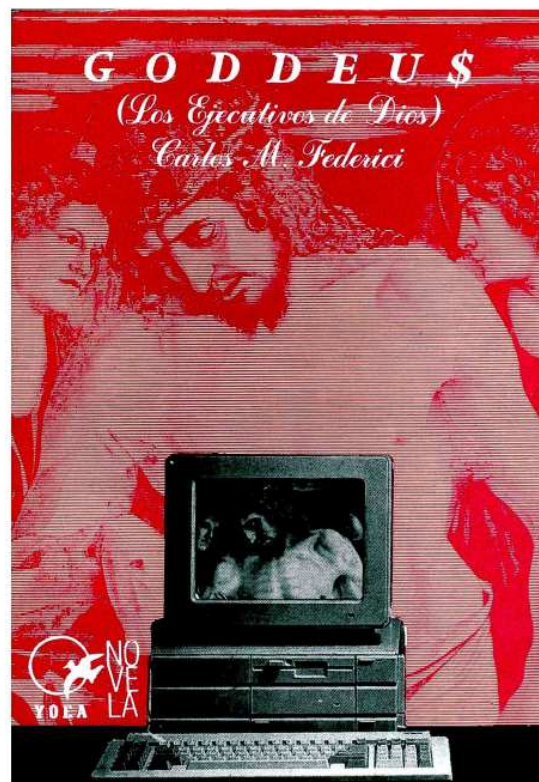


Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...





Dos caras para un crimen, 1982



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

## ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

**Panorama de su obra en:**

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)